

SERMON
PARA LA FIESTA
DE LA VISITACION
DE NUESTRA SEÑORA.

Exurgens autem Maria in diebus illis, abiit in montana cum festinatione in Civitatem Juda.

Poco despues parte Maria con prontitud, y vá á las montañas de Judéa, á una Ciudad de la Tribu de Judá: *Luc. I. v. 39.*

¿ **Q**Ué nuevo prodigio es este, Católicos? Una doncella tímida, flaca, criada hasta entonces, dice San Ambrosio, en la tranquilidad y en la verguenza del retiro, que poco antes no podia sufrir sin turbacion la presencia de un Angel, es manifesta hoy al público, se expone hoy á la vista de los hombres, sin hacer caso de los sustos y peligros de un largo y penoso viage.

¿ Sería acaso porque incredula quiere tener por prueba de su Maternidad el milagro de fecundidad de Isabel,

ANZ

ó

ó porque incierta y dudosa vá á confiarla el secreto de la embaxada del Angel, para saber lo que ha de creer; ó porque soberbia con su nueva dignidad se dá priesa, por una de aquellas secretas ansias que la inspira la alegría, para á ir anunciar la nueva á su prima?

¡ Ah! exclama San Ambrosio; en este Mysterio todo está publicando la fé y la humildad de Maria; convencida de que el Omnipotente se agrada de obrar grandes maravillas, sabe que no le es mas difícil el unir la fecundidad con la Virginidad, que con una esterilidad vergonzosa: Empieza á descubrir que la historia de las Saras y las Anas no habia sido mas que un prelude de lo que está pasando á su vista; pone los ojos en su nada, á proporcion que el Señor mas se acerca á ella para ensalzarla; y hallandose Madre del Salvador de Sion, á quien tantos siglos habian prometido, á quien tantos justos habian anunciado, y deseado tantos Reyes y Profetas, vá á tributar á Isabel los mismos respetos que su Hijo habia de tributar algun dia al Bautista; y se cree, como él, obligada á cumplir toda la justicia: *Sic enim decet nos implere omnem justitiam.* (a)

Ni la verguenza, continúa este Santo Padre, en la que es tan delicado este sexo, que muchas veces tiene en él lugar de virtud, ni la dificultad de los caminos, ni lo largo del viage asustan su delicadeza: sin reflexionar en los obstáculos que el amor propio aumenta y multiplica siempre con tanto arte y eficacia, se entrega al divino impulso que la arrastra, y sigue sin detenerse las impresiones del Dios que lleva en su pecho: *Non à publico virginitatis pudor, non à studio asperitas montium, non ab officio prolixitas itineris retardavit.* (b)

Permitidme, Señores, que me ciña á estas tres reflexio-

(a) *Matth. 3. v. 15.* (b) *S. Amb.*
Tom. II. Ff

xiones. Si no examino la profundidad del Misterio es porque tenemos mas necesidad de ser movidos que instruidos. Estos milagrosos hechos en que se funda la religion consuelan verdaderamente, la razon, y la ponen casi de acuerdo con la fé, pero comunmente dexan al corazon toda su tranquilidad; son unos relampagos que nos regocijan por un instante, segun la expresion del Evangelio, pero casi nunca llegan á abrasarnos; apliquemos, pues, todas las circunstancias de este Misterio á la edificacion de nuestras costumbres.

¿Quales son los obstáculos que nuestro amor propio opone casi siempre á la gracia? Primeramente, una falsa verguenza que nos hace usar de respetos con el mundo, y nos impide el que nos declaremos abiertamente por Jesu-Christo; en segundo lugar, lo dificil de la virtud que nos acobarda; finalmente, la aspereza del camino que entibia nuestro zelo, y nos persuade á que podemos usar de mitigaciones, y buscar rodeos acomodados á nuestra flaqueza: Maria, pues, emprendiendo sola este viage confunde aquellas infinitas razones de nuestra verguenza, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo; esta es la primera reflexion. Maria, no obstante lo delicado de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabél, atravesando las montañas y mas asperos caminos, condena nuestra floxedad que se acobarda con la dificultad de la virtud, y se detiene en el vicio; esta es la segunda; finalmente, Maria dandose siempre priesa, no obstante lo largo del viage, nos enseña á no usar de rodeos, ni mitigar con nuestras lentitudes y temores los rigores de la vida Evangelica. Esta será la última; Ved aqui todo el objeto de este discurso. Pidamos al Espiritu Santo sus luces por la intercesion de esta Santa Virgen.

Ave Maria.

PRI-

PRIMERA PARTE.

Entre todos los errores que hoy corren en el mundo, no hay otro menos contagioso que el que atribuye gloria al vicio, y verguenza á la virtud: Bien lo sé, Católicos, y yo no quiero atribuir aqui al siglo excesos imaginarios. La iniquidad, no obstante el desorden del corazon humano, no ha podido hallar aun entre nosotros una proteccion pública; apenas se ven ya aquellas almas desesperadas que se glorian de su confusion, como dice el Apostol, y que ponen su gloria en su infamia. El pecado trae siempre consigo cierta indignidad, cuyo espectáculo todos quisieran ocultar al público; y no sé por qué reliquias de rectitud, el mismo siglo no puede menos de condenar en público lo que su corrupcion le hace aprobar en secreto.

Pero hay vicios menos odiosos, desordenes mas felices, pecados agraciados, si es licito decirlo así, que parece haber prescrito contra el Evangelio; que los coloca el siglo honrosamente entre las virtudes; y que no manifestando á primera vista fealdad alguna, retienen toda la malicia de vicio, sin retener su verguenza y sus horrores.

Digo, pues, que de la engañosa idea que se atribuye á estas falsas virtudes, que son vicios verdaderos, nacen aquellos respetos tan poco christianos, y aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesu-Christo; digo que de aqui proviene que hagamos tantas acciones contra el interior aviso de la conciencia; que omitamos otras muchas, cuya necesidad conocemos interiormente, y todo por no dar que decir al mundo. ¿Cómo no nos hemos de conformar, decimos, con unas costumbres que ya han prevalecido? ¿Por qué he de ser yo singular, quando el comun no hace escrupulo? Es cons-

Ff 2

tan-

tante que el mundo no reprueba tal cosa, pero tambien lo es que la reprueba el Evangelio. ¿Debo yo, pues, condenar á todo el mundo con mis singularidades? Por eso sucede, que la piedad acobardada y tímida busca las tinieblas, ó se ve precisada á conformarse con las costumbres de los mundanos, ó á fingir como David en la Corte del Rey Achis: Casi nunca se atreve á manifestar todo lo que ella es; quando al contrario, el vicio aplaudido ostenta lucimiento en vez de temer manifestarse. ¡Ah! ¿No bastaba que la flaqueza y corrupcion de nuestro corazon nos hiciera penosa y amarga la virtud? ¿Era menester que el desorden del espiritu la añadiese tambien la verguenza y el desprecio?

Hoy en la conducta de Maria tenemos con qué vencer al mundo en un punto de tanta importancia. ¿Cuál es el motivo que la saca de Nazareth? Un Angel viene á anunciarla que Isabél, no obstante su edad y su esterilidad, era fecunda; que la misma Señora habia sido llena de la virtud del Altísimo, y que el *Emanuel* tantos siglos antes prometido, habiendo descendido á su seno, iba por ultimo á ser la luz de las naciones, y la gloria de Israel. Pero el público ignora esta embaxada tan extraordinaria y augusta. ¿Cómo puede, pues, contar el que la han de creer sobre su palabra? ¿No es mas regular el verse expuesta á las murmuraciones de los insensatos, y á las burlas de los espíritus que se precian de discretos?

Por otra parte; descendiente de la sangre de los Reyes de Judá, y poco antes ilustrada con la qualidad de Madre de Dios, ¿no parece que con esta accion se opone al bien parecer, y que abate demasiado su nueva dignidad, yendo á exercitarse en los mas viles officios con una muger que tan inferior era á ella? Finalmente, ¿pueden acomodarse bien las leyes de un riguroso pudor con los contratiempos y casualidades que son inevitables en un largo viage?

De

De este modo se engaña, ¡oh Dios mio! una razon enferma; de este modo las almas flacas, demasiado ingeniosas para engañarse, se glorían continuamente de que tienen la fé suficiente para desear llegar á aquellas montañas santas de la Tribu de Judá, pero que no tienen la necesaria para seguir los caminos que pueden conducir las á ellas.

¿Qué de razones no nos proponemos para cegarnos? ¿Quántos falsos pretextos no nos subministra el amor propio?

Un Grande gime por la multitud que le rodea, y entregado á los cuidados de su fortuna, á las obligaciones de su empleo, y á los cumplimientos de su estado, opone estas debiles razones á la voz del cielo que le llama: Quiere interesar á Dios en sus flaquezas, y cree que la sujecion á las leyes que ha inventado el capricho, ó la vanidad de los hombres, es una razon justa en la presencia de Dios para dispensarle de las divinas leyes del Evangelio.

Yo no puedo hacer demostraciones de singularidad, ni condenarme á un eterno retiro, os dirá una muger Christiana; yo bien quisiera que el uso autorizase una vida mas obscura y retirada en las personas de mi clase, y que el mundo no hubiera hecho una ley de ciertas vagatelas de que yo me abstendria sin mucho trabajo, ¿pero he de pasar plaza de ridicula con la singularidad de mi modo de proceder? ¿Me he de hacer extraordinaria por parecer devota?

Pero ¡oh, Dios mio! en el dia terrible de vuestras venganzas ¿no habeis de juzgar á los grandes y al pueblo por un mismo Evangelio? La falsa verguenza que sofoca en tantos corazones las semillas de la gracia que en ellos arrojaís, aquella ley del siglo, aquel Evangelio de los mundanos, ¿podrán formar alguna excepcion en las máximas generales del Evangelio de Jesu-Christo? Y si vuestra justicia pudiera sufrir mitigaciones en una ley que

man-

mandais observar hasta su ultimo punto, ¿ la relajariais acaso en favor de los poderosos del mundo, que os disputan hasta la mas leve mortificacion, y que jamás han sabido privarse de un solo deleyte por vuestro amor, ó en favor de aquellos infelices, que por los secretos fines de vuestra Providencia estan acá en la tierra entregados á la hambre, á la sed, y á otras muchas calamidades, y que agoviados con el peso del yugo, no han podido siempre poseer sus almas en su paciencia?

¿ Qué ceguedad es la nuestra, Católicos, en este punto? No queremos abrazar una piedad que nos haga reparables, y pasar por hombres extraordinarios: Pero si es universal el contagio; cómo podreis salvaros sin ser singular? Si todos van por camino ancho, ¿ cómo quereis seguir la senda del Evangelio sin ser notados? ¿ Acaso Noé, por ser universal la inundacion, no debia edificar el Arca, y salvarse en ella con su familia? ¿ Debió Loth, por evitar la singularidad, esperar tranquilamente el incendio de Sodoma? Desengañaos, amados oyentes míos; los Santos siempre han sido tenidos por hombres extraordinarios: Estamos hechos, decia antiguamente San Pablo, un espectáculo de los Angeles y de los hombres: La vida mas comun no puede ser vida christiana, y tenemos segura la condenacion quando no queremos salvarnos sino con la multitud, porque esta no reconoce ni frequenta mas camino que el ancho y espacioso que guía á la perdicion. Y vosotros, Católicos, si estais de buena fé en este asunto, ¿ no conoceis las ilusiones de las criaturas? ¿ Pueden estas tener siempre razones para ofender á su Dios, y vivir para el mundo, á quien debemos aborrecer y detestar como nuestro mas cruel enemigo? ¿ No se han de volver nunca, ni han de servir á este Dios tan bueno, tan amante de nosotros, y tan bienhechor, al mismo tiempo que todas las cosas nos estan gritando, que habiendo sido criados solamente para Dios, solo debemos vivir para Dios? ¿ Ha de haber en todas

das las edades, en todos los estados unos cumplimientos incompatibles con el Evangelio? ¿ A uno le ha de servir de pretexto el ser demasiado joven, á otro la vejez flaca y enferma? Si las cosas nos suceden prosperamente, nos escusamos con el tumulto y embarazo de la fortuna; si el Señor carga su mano sobre nosotros, mas cuidadosos de nuestras desgracias, que de los delitos que dán motivo á ellas, dilatamos la conversion para el tiempo de mas calma y tranquilidad; si gozamos de una perfecta salud es necesario atender á mil cuidados, á los cumplimientos y distracciones de nuestro puesto y estado; si nos hallamos heridos con una enfermedad que nos priva del comercio del mundo, todos son cuidados y medidas para recobrar la salud; el negocio de la eternidad, solemos decir, pide demasiada atencion, y no nos hallamos en estado de poder hacer nada; tenemos sobre nuestra conciencia unos abismos que jamás hemos penetrado bien, y que piden tiempo y libertad de espíritu; finalmente, tememos empeorar nuestros males con las mismas reflexiones que debieran servir para aliviarlos.

De este modo se nos pasan todos los momentos de la gracia; y de este modo apartamos nosotros mismos la mano saludable que llama á la puerta de nuestro corazon, al mismo tiempo que somos tan ingeniosos en lo temporal para no perder aquellas favorables coyunturas, que nos ofrecen esperanzas de fortuna y establecimiento. Los grandes tienen sus instantes, solemos decir, y la habilidad consiste en saber aprovecharse de ellos; ¿ pero no tiene tambien los suyos la Divina Clemencia? ¿ Creemos acaso, Católicos, que nuestro Dios es un Dios de todas las horas; que distribuye sus gracias segun nuestros caprichos; y que despreciado mil veces, quando se nos ofrece, no se ha de cansar por ultimo de nuestras dilaciones y desprecios? Ah! digamoslo para nuestra confusion; los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz; los primeros no pierden ocasion alguna, porque su deseo

es vivo y eficaz, y nosotros dexamos perder las mas favorables ocasiones, porque nuestra caridad es debil y tibia.

¡Oh Dios mio! ¿Quántas veces me habeis advertido, solicitado, importunado para que éntre en vuestros caminos? ¿Quántas veces, aun al tiempo de salir del delito, en vez de arrojar sobre mí los rayos de vuestra justicia, me habeis alargado una mano favorable, y os habeis aprovechado del momento en que satisfecha la pasion, y ya mas sosegada, dexaba libertad á la razon para reflexionar, para exponerme las terribles resultas de una vida delincuente? ¡Ah! ¿El hombre mas bárbaro se enterneceria, si al mismo tiempo que nos atravesára un puñal por el pecho, cuidasemos de su seguridad; y mi alma siempre rebelde, y siempre favorecida ha podido hasta ahora resistir á todos los esfuerzos de vuestro amor?

¿Pero no os cansareis por ultimo de vuestros favores, y de mis desprecios? ¿Estareis siempre á la puerta de mi corazon solicitando la entrada? ¿Mi conversion depende de vos, ó de mí? ¿Podré yo volver á tomar, quando me agrada, las gracias que me habeis ofrecido, y yo he reusado? ¿No me avisais Vos de que vendrá tiempo en que yo os buscaré, y no os hallaré; y que acabandose mis delitos con una muerte funesta, empezará entonces mi eterno suplicio?

Pero aun mas: Dime, oh hombre tan ilustrado en las máximas del bien parecer, quando con tus desordenes y licenciosa vida eras el escandalo de la ciudad, ¿servia la verguenza de freno para contenerte? Dime, Ministro del Señor, quando olvidado de tu caracter baxas del Sagrado Altar para parecer en público, violando tú mismo las leyes de que eres depositario y protector, ¿te has abstenido jamás de una sola diversion por miedo de las murmuraciones públicas? Quando aquella muger, á quien su excesivo porte, y la irregularidad de su conducta hacian que fuese la fábula de su barrio, y la ver-

guen-

guenza de su familia, á quien los amigos y parientes hacian unòs cargos tan fuertes, contra quien se enfurecia su marido justamente irritado, porque aniquilaba manifestamente su casa; ¿corrigió acaso sus excesos con las rigidas y austeras leyes del bien parecer? Ah! Entonces siendo la pasion mas fuerte, la hacia insensible á todo; solamente con Vos ¡ó Dios mio! somos timidos y circunspectos: solo nos excedemos en precauciones quando se trata de servirlos; para esto reparamos en todo; todo nos lo impide, y aun abultamos vanas sombras, y temblamos á vista de unas fantasmás que nos formamos nosotros mismos.

Pero ¡oh Señor! ya conozco lo injusto de mi conducta en este punto. Quando se trataba de ofenderos hacia gala de mis desordenes á cara descubierta, y de ser pecador declarado; tranquilo entonces acerca de los intereses de mi honor, de mi fortuna, de mi conciencia, y de la amistad, sacrificaba sin escrupulo mi reputacion, mis bienes, mis amigos, y mi salud: Pero si me he de volver á Vos, si he de pasar de esta region de tinieblas á la de la luz, me abandona mi fuerza; y eo espirar al primer obstaculo todos mis proyectos de conversion; me parece, como á Pedro, que me anego, al mismo tiempo que vos me teneis por la mano; y esto consiste en que no domina en mi corazon vuestro amor, como entonces dominaba la pasion; quando este sagrado amor ha llegado á establecer su Imperio en un corazon; no hay dificultad que le acobarde; aun los trabajos le son deliciosos; y santamente engañado con el divino atractivo de la gracia, lejos de aumentarse á sí mismo los obstaculos, se hace ingenioso el corazon para minorárselos. Este es el exemplo que hoy nos dá Maria; no la detienen las vanas razones de la carne y de la sangre: *Exurgens, abiit*. Ni la dificultad de los caminos, ni las mas inaccesibles montañas asustan su fé: Segunda instruccion para aquellos á quienes la di-

Tomo II.

Gg

fi.

ficultad de la salvacion sirve de estorvo para seguir el camino del Evangelio : Esta es la segunda reflexion.

SEGUNDA PARTE.

REynan en el siglo dos errores muy opuestos, aunque igualmente peligrosos, acerca de la dificultad de la salvacion; y á estos dos errores deben atribuirse los vicios y falsas virtudes de los Christianos.

El primero, que es el que ahora voy á impugnar, es el de los que asustados con la idea que forman de la perfeccion christiana, y acobardados con solo el aspecto de la montaña evangelica, creen sea inaccesible el camino; y sin acordarse de que lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios, solamente envejecen en la iniquidad, porque juzgan no poder llegar jamás á la verdadera justicia; ilusion peligrosa que ultraja á la gracia del Salvador.

La conducta, pues, de Maria nos ofrece hoy con que poder desengañar al siglo de esta primera ilusion. Inspirada por el Altisimo del camino que debia seguir, no acobardan su flaqueza las mas inaccesibles montañas: *Abiit in montana.* ¿Y qué otro camino podia seguir, dice San Ambrosio? La gracia siempre inclina nuestro corazon á aquellas montañas eternas, en donde se halla nuestro tesoro: *¿Quó enim, jam Deo plena, nisi ad superiora conscenderet?* Esta es la instruccion que doy á los que, fiando poco de la gracia, desconfian de poder llegar jamás á aquella santa Ciudad, situada sobre la montaña.

Acaso me dirá alguno: yo bien conozco mi flaqueza, tengo horror al pecado, no quisiera haber perjudicado á mi proximo; pero hay mil cosas acerca de las cuales todos los días me está el Predicador exortando desde el Pulpito, y yo no las puedo executar; yo convengo en que si hemos de vivir segun manda el

Evan-

Evangelio, es preciso tomar otras medidas: Bien sé que Jesu-Christo amenaza con una eternidad de penas á los que no padecen en la tierra; que los que aman desordenadamente á su alma, la pierden; que es preciso llevar su cruz, y negarse á sí mismo para ser su discipulo; que la vida christiana es una pública profesion de penitencia; y que así como no podemos llegar á Dios sin estar incorporados con Jesu-Christo, no podemos incorporarnos con Jesu-Christo sin ser crucificados con él; bien lo sé, y esto es precisamente lo que me hace desconfiar de no poder ser nunca virtuoso; yo procedo con buena fé, no estoy engañado en este punto; conozco hasta donde se estienden mis obligaciones; y si abrazara el camino de la virtud le abrazaria enteramente; no sería como otros muchos que quieren juntar á Dios con el mundo, al Evangelio con los deleytes, y que por querer vivir con el mundo y con Jesu-Christo, no agradan á uno ni á otro.

Pero ¡ó hombre! y qué grande es tu desorden en este asunto! Conoces tu flaqueza y tu imposibilidad, pero ignoras que la gracia es el remedio de la flaqueza. ¿No oyes las palabras consoladoras del Salvador de los hombres? Venid á mí todos los que estais debiles y cansados, y yo os aliviare; es verdad que nos declara que sin él nada podemos hacer, pero nos asegura al mismo tiempo que con él no hay cosa que nos sea imposible; que no hay obstaculos que no venza su gracia, ni enfermedad que no cure; aqui es, ó hombre, donde debes buscar la fuerza que te falta: ¿Qué pensariamos de un enfermo, que padeciendo una enfermedad peligrosa no quisiera tomar las medidas para su salud, solamente por haber conocido que estaba enfermo? La misma enfermedad nos avisa que es preciso recurrir al arte y á los remedios.

¿Os detiene la dificultad de la empresa, Católicos? Ah! si fuera menester, como en otro tiempo, exponer-

Gg 2

ros

ros al furor de los Tiranos, padecer la pérdida de los bienes, de la honra, y de la vida por la fé de Jesu-Christo, tendriais algun motivo para temblar, considerando vuestra flaqueza; aunque entonces debierais decir con el Apostol: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. Pero Dios no pide tanto; podeis vivir tranquilos entre vuestros parientes y amigos, sin tener que temer, ni en orden á vuestra fortuna, ni á vuestra vida; lo que solamente se os pide es el sacrificio de vuestras pasiones, el que os apartéis del vicio; que aborrezcais al mundo y á sus máximas, y que os exerciteis en las virtudes evangelicas; algo mas de exercicio en la oracion; mas amor al retiro, mas fervor en frequentar los Sacramentos, un aprovechamiento mas christiano del tiempo, mas cuidado con vosotros mismos, menos horror á la Cruz de Jesu-Christo; y por eso solo os asustais, os acobardais; y no os atreveis á intentar esta empresa? Y sacrificais locamente las esperanzas de una eterna felicidad á vuestra delicadeza y cobardía?

O generosos fieles de los primeros siglos! Los mas crueles tormentos no pudieron separaros de la caridad de Jesu-Christo; hubierais rezelado de vuestra virtud, hubierais dudado de vuestro amor á Jesu-Christo si este amor no os hubiera costado vuestra sangre; os miraban como á la cosa mas infame de la tierra, y vuestro mas suave consuelo era el no poseer nada en ella, y ser tenidos por dignos de padecer oprobrios por el Salvador. En estos ultimos tiempos nos persuadimos á que cuesta mucho trabajo el ser Christianos, quando tenemos que privarnos de un solo placer; el cielo nos parece muy caro á tanta costa; ¿Somos nosotros los sucesores de vuestra fé? ¿Es nuestra esperanza diferente de la vuestra? ¿O el Dios que nosotros adoramos es menos digno de nuestras ansias?

Por otra parte, Católicos, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero sin hablar aqui de

los divinos consuelos que Dios prepara, aún en la tierra, á los que le aman; sin hablar de aquella paz interior, fruto de la buena conciencia, á quien al mismo tiempo podemos llamar gusto anticipado, y prenda de la felicidad que está reservada en el cielo á las almas fieles; sin deciros con el Apostol, que quanto se puede padecer en la tierra no es digno de compararse con la recompensa que nos espera; si procedierais de buena fé, y quisierais manifestarnos aqui con sinceridad los disgustos que acompañan á la vida del siglo, ¿qué cosas nõ diriais? ¿Y qué cosas no se dicen en el mismo siglo acerca de esto? *Beata que credidisti!* Exclaman como en otro tiempo Isabel, quando vén á una alma desengañada del mundo? ¿Qué feliz es aquel que sabe pasarse sin lo que la religion nos manda aborrecer! Es prudente; piensa en otra vida; lescolege la mejor parte; ¿por qué no hemos de tener nosotros valor para hacer lo que él hace? Aquello es lo mas sólido, lo demás es un engaño; y no hallamos en ello placer alguno que no sea preciso comprarle á costa de mil pesares.

Y á la verdad, ¿qué furores no trae consigo un matrimonio que salió mal, una passion despreciada, un juego desgraciado, un negocio que se pierde, una amistad engañada, un puesto perdido, una reputacion manchada, un pleyto dudoso, un grande infortunio que nos arruina, una alianza que nos afrenta, un nombre que vá á extinguirse, una muerte que nos quita una persona, ó querida, ó necesaria, una familia mal educada; una desgracia ó una preferencia injusta?

Pero aún quando hubierais evitado todos estos contratiempos, no pudierais libraros de vosotros mismos; porque por ultimo, Dios mio, por más que un pecador se ciegue, las reliquias de una educacion christiana pleytean siempre á favor vuestro en lo intimo de su corazon, y emponzoñan sus dulces alegrías; conocemos